

CARNE DE TORO, CARNE DE HOMBRE UN SACRIFICIO DE SUSTITUCION EN LA ALTA ANDALUCIA

Siles, pueblo serrano de la provincia de Jaén en Andalucía, se encuentra dividido en dos partes bien definidas: el casco antiguo, llamado por los naturales la Villa; y las casas restantes que se ubican fuera de los límites de ésta, conocidas como la Nueva Población. Es aquí donde se halla la ermita de San Roque, la cual desempeña un papel primordial en el marco de las festividades patronales de Siles.

I. SILES: UNA SOCIEDAD DUAL

La fiesta de toros y su culminación con un banquete, que da motivo a este texto, se celebra durante la festividad de San Roque —el 16 de agosto— en Siles, un pueblecito serrano situado en la provincia de Jaén, en el extremo NE de Andalucía. Al umbroso paraje donde se reclina Siles lo fecundan numerosas fuentes y manantiales cuyas aguas corren por arroyos y torrenteras hasta alcanzar, por la vertiente de levante, el mar Mediterráneo, y por la de poniente, el Atlántico. ¡Excepcionales alturas, éstas, de la Sierra de Siles donde manan fuentes cuyas aguas alcanzan los dos mares!

Ponencia presentada en la Universidad Nacional Autónoma de México, abril de 1991.



FOTOGRAFÍAS: PEDRO ROMERO DE SOLIS

FOTO 1. PANORAMICA DE SILES DE SEGURA, JAEN, ESPAÑA



El caserío de Siles está distribuido en dos partes bien delimitadas, pues el casco antiguo, llamado por los naturales la Villa, se halla cercado por murallas de las que se conservan, a la vista, algunos lienzos y almenas.

Vinculadas a esta parte más antigua del caserío se encuentran la parroquia, bajo la advocación de la Asunción de Nuestra Señora, y el ayuntamiento; es decir, las sedes de los gobiernos religioso y civil de la ciudad. Todas las casas restantes, que quedan fuera del recinto de la villa, son conocidas como la Nueva Población que, sin embargo, como la anterior, son de origen medieval.

La villa no sólo se halla dividida por el resistente cerco de murallas medievales sino también por la propia rivalidad de sus habitantes. Es en esta Nueva Población donde se halla la ermita de San Roque (ver foto 1), que desempeña un papel estratégico en el conjunto de los acontecimientos que constituyen las fiestas patronales de Siles.

Si la villa, es decir, la población vieja, tiene por divinidad poliada a Nuestra Señora de la Asunción y su imagen se venera en la iglesia parroquial; la Nueva Población —si la memoria colectiva no falla—, inclinó siempre su devoción hacia San Roque: un santo medieval, de origen provenzal, cuya biografía recuerda, sobre todo, la circunstancia de pertenecer a una poderosa familia y que, una vez heredado, repartió por caridad toda su fortuna entre los pobres y los marginados; entregando, a continuación, su vida al cuidado de leprosos y apestados, de mendigos y miserables. En el simulacro en que Siles lo representa

aparece vestido con el sayal de peregrino, apoyado en el bordón de caminante y ornado con las vieiras del viajero; además, lo acompaña un solcito perro. Can y sayal que, si por una parte proclaman una ausencia significativa de referencias familiares y locales —con lo que el santo se propone como un individuo emancipado de todo vínculo social tradicional: carece de familia y de domicilio—, por otra parecen sugerir, a través del perro, una relación fuerte, privilegiada, con la naturaleza (ver foto 2).

La imagen de San Roque permanece todo el año en su ermita y sólo en el mes de agosto, cuando se acerca la fecha en que el calendario litúrgico conmemora su patronazgo, se la sube a la Villa, a la población vieja, en procesión y se le aloja, durante una decena de días, en la iglesia parroquial convirtiéndose en el protagonista de los cultos religiosos.

FOTO 2. SAN ROQUE EN EL "PASO"



II. LA PROCESION DE SAN ROQUE

La ermita de San Roque se halla situada en el límite del pueblo: justamente allí donde finaliza el caserío de la Población Nueva, donde comienza el campo y, metros más allá, se restaura el dominio inquietante de la naturaleza.

Una suerte de compromiso devocional permite que las fiestas, que culminan el 16 de agosto, celebren la

unidad de un pueblo que tiene experiencia de rivalidad: siendo la procesión religiosa de la imagen de San Roque, recorriendo toda la ciudad, la encargada de actualizar la reconciliación simbólica de la sociedad escindida. Previo al desfile procesional, en la mañana del 16 de agosto, se asiste en la parroquia y en presencia de la patrona de la Villa, Nuestra Señora de la Asunción, a una solemne función religiosa que culmina con la salida procesional de la imagen del santo. San Roque es transportado hasta su ermita sobre unas andas —el "paso" cuyas varas las cargan varones que se colocan según el lugar que les señala una tradición difícil de transgredir, puesto que, llegado el caso, el sitio puede defenderse con la violencia de los puños.

La imagen de San Roque, adornada con margaritas amarillas y verdes ramos de albahaca, sale de la parroquia, atraviesa las murallas de la ciudad vieja, penetra en la población nueva, va haciendo estación en las pequeñas plazas, en los cruces de las calles —donde, por otra parte, suelen estar las fuentes públicas de agua corriente—, logrando fundir en una misma devoción ambas comunidades, siempre en peligro de enfrentamiento, siempre separadas, siempre recelosas y recorre todo el pueblo, como si con su circular desfile procesional diseñara la alianza ideal de una ciudad sin contradicciones.

III. EL "ENCIERRO" DE LOS TOROS

La entrada de los toros al pueblo, muy de mañana, es anunciada mediante lanzamiento de cohetes cuyas explosiones constituyen el toque de alarma para que el público comience con las prisas: unos, prudentes, para quitarse lo antes posible del peligro; otros, más decididos, para buscarle la cara al toro y jugar, burlando, su carrera (ver foto 3).



FOTO 3. ENCIERRO DE LOS TOROS

Con relación al clima de las ceremonias o funciones religioso-civiles a las que hemos tenido ocasión de referirnos —caracterizadas por la exposición jerárquica de la sociedad, por la presencia de las autoridades, por la explotación propagandística del orden social y la preeminencia política— la irrupción de los toros en las calles debe ser vista como una *contraceremonia*, como un tránsito fulgurante por la ciudad que desencadena y promueve todo cuanto es ingrato al orden religioso y cívico. En efecto, la veloz carrera del negro toro bravo trasmuta, por donde pasa, a la ciudad, subvirtiéndola hasta el punto de parecer que la irrupción de la

manada pulveriza el esfuerzo urbano del hombre, mientras, simultáneamente, reduce la ciudad al desorden caótico de la naturaleza. Con la presencia de los toros en las calles el caos de los orígenes vuelve a reinar y, ahora, el único tránsito posible del ciudadano por su acera es la ciega huida. El peligro y el temor se han adueñado de lo que antes era confianza y urbanidad. En suma, el pueblo se ha convertido en el territorio de la bestia; mientras que, para la mayoría de los habitantes, las calles se han reducido, dramáticamente, a un atroz espacio para la fuga y el caserío a la penosa función de guarida.

IV. LA PLAZA DE TOROS Y EL RUEDO DE AGUA

Me parece pertinente hacer notar que la plaza de toros de Siles — urbanísticamente — está localizada en un lugar semejante al de la ermita de San Roque, es decir, en el límite mismo del caserío urbano: un terreno incierto en el que se confunden y superponen las últimas casas del pueblo con los primeros árboles del bosque.



FOTO 4. LA "ALBERCA" DENTRO DE LA PLAZA DE TOROS DE SILES

La plaza de toros de Siles goza, además, de una particularidad excepcional pues está dotada, en el centro del "ruedo", de una alberca circular de agua que será, a lo largo de la "corrida" muy utilizada por los mozos: ya sea para refugiarse en su interior y salvarse de la acometida del toro, ya sea para embromar a algún "corredor" lanzándolo, entre varios y aprovechando su distracción, al interior de la piscina. El agua, pues, tiene un papel destacado en el proceso festivo de Siles que parece reflejar la propia importancia que goza en su geografía. Los mozos, como digo, se tiran al estanque, literalmente, para

salvarse de la embestida del toro, pero, también, a su vez, provistos de cubos lanzan agua a los espectadores dando lugar, por el enojo de algunos de los "duchados", a la broma y al jolgorio colectivo (ver foto 4).

V. EL "VACO" DE SAN ROQUE ENMAROMADO

Concluido el encierro, las vaquillas, una a una son devueltas al ruedo para ser corridas hasta su extenuación y, posteriormente, encerradas en los "chiqueros" a excepción de la última del tercer y último día, a la que denominan "toro o vaco de San Roque", y a la cual, entre todos los mozos, "enmaroman" con la intención de pasearla viva por las calles principales del pueblo y conducirla hasta la ermita de San Roque donde habrá de ser colectivamente sacrificada (ver foto 5).

Los mozos, una vez enmaromado el "vaco", entre carreras y sobresaltos, sustos y batacazos, lo sacan de la plaza de toros y penetran con él por las calles del pueblo buscando las arterias principales con intención de obligarlo a repetir en esa tarde, prácticamente, el mismo trayecto por la ciudad que recorrerá, al día siguiente, por la mañana, la procesión religiosa que traslada, todos los años, desde la parroquia a la ermita, la venerada imagen de San Roque. Los mozos obligan al toro a hacer "estación" en fuentes públicas y encrucijadas de calles. Decimos "fuentes" porque los mozos en su itinerario se detienen frente a las fuentes públicas, momento que aprovechan, sobre todo las mujeres, para llenar cubos y lanzar su contenido sobre el toro, los jóvenes y el público. Mientras tanto, el tumulto de gentes que siguen o contemplan el paso del toro de San Roque, voccean rítmicamente: "¡agua!, ¡agua!"

Si, con anterioridad, señalamos que el matinal "encierro", es decir, la libre presencia de los toros por las



FOTO 5. ENMAROMANDO AL "VACO" DE SAN ROQUE

calles, debía ser interpretado como la *contraceremonia*, como la inversión profana —conteniendo, por supuesto, hondos aunque inconscientes substratos sociales de rebeldía— de las funciones religioso-civiles que tuvieron lugar a mediodía ahora, también, es el momento preciso para decir que el tumultuoso recorrido del toro ensogado constituye la *contraprocesión* pagana y caótica a la sosegada y ordenada de San Roque. Esta *contraprocesión* culmina y concluye en la ermita en cuyas puertas se le da muerte violenta al animal.

VI. LA COCINA DEL SACRIFICIO

Así que el toro, después de su peregrinación por las fuentes y encrucijadas de la ciudad, yace muerto ante una de las puertas de la ermita. En el fondo del atrio se distingue una gran caldera sostenida por un tronco de árbol colocado transversalmente (ver foto 6). Mientras tanto, el "vaco de San Roque" —en realidad una vaquilla corpulenta y bastante bien armada— desangrado ya, ha

sido descuartizado y, en grandes trozos, colgado en las vigas del atrio de la ermita. A estas succulentas piezas se les suman las de las otras vaquillas "corridas" durante los días anteriores y que, apuntilladas en la plaza de toros, fueron descuartizadas en un lugar de ocasión.

El atrio de la ermita, repleto con grandes trozos de carne; algunos colocados en el suelo sobre sábanas de plástico, otros colgados en las vigas del techo, parece más el desolladero de una plaza de toros que un lugar de culto católico. A la caída de la tarde, la ermita, llena de bultos sanguinolentos rodeados de hombres afanados y silenciosos, ofrece un aspecto irreal y tremendo.

A lo largo de toda la tarde y hasta la medianoche la carne va siendo, por los seis carniceros, convenientemente deshuesada, concienzudamente limpiada de grasas suplementarias y trinchada en pequeños trozos. Una gran montaña de carne troceada va creciendo, desde el suelo, en el centro del círculo que forman los cocineros. Esta tarea, vinculada estrechamente a la cocina sacrificial, resulta ser tan antigua como el hombre mediterráneo.

VII. EL BANQUETE: LA UNION MISTICA DE LOS SILEÑOS

Al amanecer concluye la faena de los cocineros. El hogar se apaga. El guiso, como los rancheros mismos, reposa. Los sileños, llevando en una mano un ramo de albahaca y en la otra una marmita cualquiera, van bajando del pueblo a la ermita para asistir a la llegada de la procesión de San Roque y a la "bendición de la caldera".

Repican las campanas de las iglesias; explotan, sonoros, los cohetes en el cielo; la ermita abre de par en par sus puertas y el "paso", con la imagen de San Roque, penetra en el

interior del eremitorio, donde hace estación para, poco después, aproximarse al atrio y detenerse en el dintel de la puerta desde donde se puede contemplar la gran caldera rebotante del succulento guisado de carne de toro. El sacerdote, revestido de alba y señalado con la estola se destaca, rodeado de una multitud enfervorizada y se aproxima a la caldera venerable. Con unción bendice la carne y exhorta a comerla mientras da gracias a Dios con las siguientes palabras:

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo Nuestro auxilio es en el Nombre del Señor que hizo el Cielo y la Tierra. El Señor esté con vosotros.



FOTO 6. PREPARANDO EL "GUIISO" DE TORO EN LA CALDERA DE SAN ROQUE

y con vuestro espíritu. Oremos: ¡oh, Dios! Como tu palabra santifica todas las cosas; derrama, así, tu bendición sobre estos alimentos y concede a los que los van a tomar saber darte gracias siempre, obedecer tus mandatos y cumplir tu voluntad para saber alcanzar, por la invocación de tu santo nombre, la salud del cuerpo y la protección del alma. Te lo pedimos por Jesucristo, Nuestro Señor, Amén.

Terminada la bendición de la carne el público se moviliza y ordena formando filas para aproximarse al atrio y recibir de los cocineros algún trozo de carne que, después de la bendición y, para nuestra sorpresa, ha dejado de distinguirse con el nombre del animal de la que proviene para denominarse, tan sólo, "caridad", es decir, amor.

Los jóvenes, que han pasado en el baile toda la noche, que han asistido al trance emotivo de la aparición de San Roque y de la bendición de la carne, van marchándose sin alboroto, van desapareciendo camino de sus casas, para buscar el descanso. Repuestos, vestidos de limpio, de fiesta, asistirán, en sus hogares, a una comida familiar en la que el plato principal, aquel que constituye en ese día la esencia misma de la comensalidad, es la "caridad de San Roque", que la madre, la dueña de la casa, ha transportado hasta allí en una fiambra.

Las familias, de la carne que les ha correspondido en el reparto, suelen apartar algún trozo que secado al sol y deshilachado, se envía por correo a los parientes alejados que no pudieron acudir a esta comunión general. Gustan los silesenses afirmar que, por este procedimiento, algunas decenas de kilos de carne de toro viajan, desecados y transformados en fibras, a muchas regiones de España, a muchos países remotos de modo que la carne de toro, la "caridad de San Roque", no sólo es motivo de una inmensa hermandad espiritual sino que también mantiene, en el corazón de los alejados, vivo el sentimiento de pertenencia a su pueblo natal.

Es más, estas hilas de carne seca del toro de San Roque se utilizan,

puestas sobre los labios, para interrumpir fiebres y sanar enfermedades. La invocación del oficiante a Dios, por intercesión de San Roque, ya contenía esta transformación de la naturaleza de la carne y el anuncio de su función soteriológica cuando rogaba la concesión a los "comedores de la caridad", la "salud del cuerpo", además, claro está, de la "protección del alma". La cualidad milagrosa del santo, su capacidad para obrar el milagro de la curación de las enfermedades, su facultad de salvar a ciudades enteras del azote fatal de la peste, es decir, toda su maravillosa dimensión de taumaturgo queda, por la circulación planetaria de las fibras acecinadas —tránsito simbólico de su propia naturaleza— anualmente restaurada. Aquí aparece, en toda su plenitud, la milagrosa transubstanciación de la carne del toro.

A través de la identificación del toro con San Roque, el sacrificio del animal conmemora la dimensión esencial de la vida del santo: su inmolación en favor de los enfermos, apesadados y desheredados. La celebración anual de la fiesta permite el retorno simultáneo del santo para que su gesto ejemplar de darse por entero a la comunidad de los hombres y ser por ellos simbólicamente devorado, se repita perpetuamente.

Así un pueblo alejado, perdido en la sierra, que ha sufrido en el último siglo el hundimiento definitivo de sus principales recursos vitales —la industria maderera, la industria de la seda, la agricultura, la ganadería, etc.—; arrollado por fuerzas económicas alienadas e imposibles de controlar y obligada la mitad de su población a emprender el camino de la emigración, quizás no haya desaparecido definitivamente gracias al patrocinio de su santo, gracias a los ritos taurinos que constituyen la esencia pagana de sus fiestas, gracias a la unión mística que procura la comunión colectiva con la "caridad de San Roque", que constituye la más original síntesis de lo sagrado y lo profano. Atraídos por el banquete de carne de toro muchos de los emigrantes retornan a Siles, aprovechando



ERMITA DE SAN ROQUE

las vacaciones de agosto, para revivir, una vez más, la experiencia de la cálida comunidad de sus recuerdos mientras afirman, reaniman y refuerzan su identidad a través de la participación de la "pasión", en la "muerte", en el despedazamiento y en la ingestión de una carne del toro que simultáneamente es devoración simbólica del propio San Roque.

VIII. LA PASIÓN INICIÁTICA DEL TORO DE SAN ROQUE

Quisiera, a continuación, insistir en esta simultaneidad de hombre-toro que el ritual aproxima hasta la identificación. Recordemos que el toro recorría el mismo camino que la procesión religiosa y, además,

que la comitiva discurría de fuente en fuente de agua. Está claro que al reproducir el toro el itinerario de San Roque, se está proponiendo, de manera inconsciente, una identificación entre el toro y el santo.

Esta curiosa identificación refuerza, por su parte y utilizando otros procedimientos de penetración en el subconsciente colectivo, la misma reconciliación del pueblo escindido que había de promover la procesión de San Roque. Ahora bien, al repetir idénticas estaciones procesionales, al detenerse el cortejo en las encrucijadas y fuentes públicas, el toro parece replicar los mismos capítulos de la vida ascética y purgativa de San Roque, señalando, con ello, las distintas etapas de un camino iniciático, de una trayectoria sacrificial, en cuyo recorrido el animal, repito, habrá de experimentar un cambio de ser. En efecto, mientras vemos más sometido y humillado al "toro de San Roque", más próximo al universo de la domesticidad, en mayor manera, a su vez, se nos revela como humano. El cambio de naturaleza que parece experimentar a lo largo de su procesión suponemos que es debido tanto al sufrimiento que padece en el trayecto —su "pasión"— como por la virtud del agua que actúa, en todo momento, como un líquido lustral, purificador, en suma, transubstanciador.

A la ermita de San Roque el toro llega completamente extenuado, exhausto, trae la cabeza baja, viene, en lenguaje taurino, "humillado". En efecto, a lo largo del trayecto procesional, el toro, en el proceso de su lucha incesante con los mozos, a medida que físicamente agota sus fuerzas, va entregando toda su bravura. A la ermita el toro llega, pues, aparentemente amansado, reducido, "sujeto", como formando ya parte de esa colectividad social, de esa comunidad rústica y tradicional, donde los animales domésticos y los hombres viven en estrecha proximidad, en intensa relación. La imagen del toro, sujeto y entregado, desvela ese nuevo matiz social de su naturaleza, tanto más cuanto que el comportamiento ritualmente desordenado de los

mozos, con su manifiesta brutalidad y su provocación soez, descubre y fortalece los trazos ideales de un toro casi humano. El "vaco de San Roque", cuando parece haber aceptado plenamente su destino de víctima —un destino casi humano—, es conducido a un claro frente al templo y allí, de súbito, lanzándose los mozos, todos a una, sobre el animal, lo sujetan hasta que alguien, armado de una "puntilla", le asesta un golpe en la nuca, definitivamente mortal, que lo hace rodar por tierra sin vida. El toro, inmóvil y patético, queda desangrándose frente a la ermita. Informadores *in situ* afirman que hasta hace pocos años el toro era introducido en la ermita y, dentro de ella, sacrificado.

Mi impresión personal, fruto de la vivencia directa de los acontecimientos descritos, destaca el hecho de que el toro fue ultimado justamente cuando, por la deposición de su fiereza, parecía, en primer lugar, domesticado y, en segundo, que tomaba parte como si fuera "uno más" en el juego con los mozos, tal era ya su nivel de mansedumbre, su asombrosa docilidad. En resumen, podríamos asegurar que el toro fue abatido cuando más humano y digno de piedad se nos mostraba.

De todas cuantas representaciones de escenas mitológicas referidas al universo taurino conozco, la más ilustrativa de lo que intento comunicar es aquella troquelada sobre una moneda de plata procedente de Gela (Sicilia) de 485 a.C., que se conserva en el Museo de Basilea y que representa al dios fluvial Gelas coronado por la ninfa Sisipolis (ver foto 7). En el detalle que reproducimos reconocemos a un toro androcéfalo, con rostro serenamente humano, que, sin duda, ha depuesto su agresividad en favor de la ciudad.

Arrastrado por el tumulto festivo, inmerso en la brava fiesta y refrescado bajo el sol ardoroso de la canícula andaluza con el vino del país, creí reconocer, como el troquelador de la moneda siciliana, en la cara del toro, que sujetábamos frente al atrio de la ermita de San Roque, la faz de un ser humano. Bajo el recuerdo de tan sorprendentes imaginaciones o de tan graves indicios, ¿no estamos en vías de confirmar la hipótesis de que la muerte de este toro, por debajo del episodio de San Roque, lo que verdaderamente conmemora es un sacrificio humano realizado allá en los tiempos del primordio?

FOTO 7. EL TORO ANDROCEFALO. MONEDA DE PLATA PROCEDENTE DE GELA, SICILIA, ITALIA

